

HOMILÍA EN EL FUNERAL POR EL PAPA JUAN PABLO II

Catedral de Plasencia, 4 de Abril de 2005

En la cultura del cartel tan propia de Italia, y más concretamente de Roma, ha aparecido esto días uno con la fotografía del Papa y como único texto: UN HOMBRE BUENO.

No hay mayor elogio para un ser humano: es la base sobre la que se construye una vida en referencia a lo que Dios quiso: cuando hizo al hombre y a la mujer vio Dios que lo que había hecho era bueno.

Es a partir de esa bondad original del ser humano como se construye la identidad en Cristo de Carol Wojtyla, que nace en Wadowice el 18 de Mayo de 1920. Desde ese momento, todo depende de la Providencia divina, que lo va llevando en volandas a su destino. Claro que no sin la aceptación libre del elegido. Es Juan Pablo II el testimonio de una vocación asumida con fidelidad, aunque ello supusiera la renuncia a otras cosas, como, por ejemplo, su vocación por el teatro. Y siempre comprometido con su mundo: en su juventud y madurez fue testigo privilegiado, como trabajador, estudiante y joven sacerdote de la vida difícil, violenta y falta de libertad de su Polonia natal. Posiblemente fuera en esas dificultades donde fortaleció su conciencia de hermano del mundo.

En su recorrido vocacional, primero fue el Bautismo, después los demás sacramentos de la Iniciación Cristiana: la Primera Comunión a los nueve años, la Confirmación a los 18, la ordenación sacerdotal a los 26, a los 38 es nombrado Obispo Auxiliar de Cracovia, a los 43 Arzobispo de la misma Diócesis, a los 47 Cardenal y a los 58 Papa, Sucesor de Pedro, Pontífice de la Iglesia Católica.

Es a ese hombre bueno, elegido por Dios para una misión tan extraordinaria, a quien estamos acompañando en el último viaje: el 105 de su Pontificado. Si hasta ahora se ha visto rodeado de las multitudes, en este último se siente rodeado y admirado por el mundo entero. ¿Por qué tanta admiración? Por su dignidad, por su coherencia, por su solidaridad con el hombre, por la solidez de su proyecto para el mundo y, sobre todo, por su inquebrantable amor a Cristo.

Pero, aunque ha sido también Padre del mundo y todos le lloran y admiran, le lloramos y admiramos especialmente los hijos de la Iglesia Católica. Por eso hemos de recordarle esta tarde, así quiero hacerlo yo en

esta homilía, como guía de la Iglesia, sucesor de Pedro, la piedra sobre la que Jesucristo construye su Iglesia. Y desde la Iglesia miraremos al mundo como él lo hizo siempre. En su misión siempre era consciente de algo que ni los pastores ni ningún católico debe olvidar: que la Iglesia es simiente del Reino de Dios; y que el mejor modo que un católico tiene de trabajar por el mundo, por el hombre, es hacerlo desde la Iglesia, desde el seguimiento de Cristo en la fraternidad de la Iglesia.

De ahí que no veo un modo mejor de hilvanar mis ideas que recordar algunos hitos de su servicio de Pastor de la Iglesia universal a lo largo de los veintiséis años de pontificado, siguiendo el hilo de las notas de la Iglesia. Desde la Iglesia que él guió como una, santa, católica y apostólica, reflexiono con vosotros sobre la riqueza de su ministerio pastoral.

Juan Pablo II ha trabajado incansablemente por **la unidad** de la Iglesia. Ningún Papa como él, quizás porque recoge la madurez del Concilio Vaticano II, ha ahondado tanto en las raíces de la unidad y ha puesto de relieve la raíz de la que procede. Nos ha hecho mirar a la vida de la Trinidad para ver en ella el modelo de nuestra unidad y nos ha recordado que la unidad entre los católicos no es cuestión de estrategia, es, sobre todo, una forma de espiritualidad. La “espiritualidad de comunión” es su fórmula para construir la unidad entre los creyentes en Jesucristo. Y desde esa comunión que nace en la Trinidad ha diseñado las relaciones entre los católicos, potenciando especialmente, la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios; Juan Pablo II es el Papa de la *Christifideles laici*, de la participación de los laicos en la misión común de todos los miembros de la Iglesia, cada uno desde su específica vocación.

Desde la comunión como espiritualidad y forma de vida, nos ha llamado a la unidad en la doctrina, en la teología, en la disciplina moral. En medio de un mundo de pensamiento débil, de convicciones cambiantes, impregnado de un gran relativismo, Juan Pablo II ha trabajado por la unidad en torno a la Verdad que procede de Dios, única garantía de verdad para el hombre. Nos ha pedido fascinación por el esplendor de la verdad y nos ha recordado que la desconexión entre la fe y la razón nos daña como personas y nos empobrece. Nos ha dicho que la fe y la razón están llamadas a entenderse por el bien del hombre.

A veces esta llamada a la unidad la ha hecho corrigiendo a quienes, seguro de con buena voluntad, han querido mezclar la misión de la Iglesia con ideologías que sólo eran un pálido reflejo del amor de Cristo, pero que en su entraña eran incompatibles con el Evangelio; pues, como luego se ha comprobado, sólo podían llevar a la negación de la libertad y dignidad del ser humano. También ha salvaguardado a la Iglesia con mano firme, de quienes pretenden que se deje absorber y se acomode a las corrientes de

opinión del mundo. Ha asumido como nadie el papel de Cristo de ser signo de contradicción, pero siempre como servicio a la radicalidad y autenticidad evangélicas de la fe y la vida cristiana.

Ha buscado incansablemente la unidad con las otras iglesias y confesiones cristianas y ha abierto, como nadie, caminos de diálogo ecuménico con otros creyentes de mundo; procurando siempre encontrar puntos de encuentro en valores comunes a toda la humanidad, como lo muestran sus contactos permanentes y amistosos con líderes de otras religiones.

Y desde la Iglesia ha mirado al mundo para ofrecerle la civilización de amor, apoyada en la dignidad de todos los seres humanos, en la justicia, en la paz, para la que ha recordado siempre que es algo más que ausencia de guerras. Y ha sido constante su propuesta para la convivencia entre los seres humanos de un nuevo orden mundial. Por eso ha denunciado toda forma de convivencia que viole la dignidad de la persona, la libertad de los hombre y mujeres del mundo y encubra nuevas formas de esclavitud o de violencia.

Juan Pablo II ha sido un testigo constante en su vida de **la santidad** de la Iglesia. Están aún recientes sus llamadas a la santidad, con una nueva propuesta a una vida santa para el siglo XXI; siempre haciéndose eco de la llamada universal a la santidad que proclama el Vaticano II. Este Papa ha mostrado de mil formas (1820 modelos) de cómo vivir la santidad. Ha dicho a todos que la santidad es el gran proyecto de la Iglesia y es el gran objetivo de la vida de cada cristiano.

Ha trabajado incansablemente por la santidad de la Iglesia, buscando mostrar siempre un rostro santo en sus estructuras, en el ministerio de los pastores, en la vida de los consagrados y consagradas y en cada uno de los miembros del Pueblo de Dios; consciente, no obstante, de la debilidad humana, que tanto le ha hecho sufrir en ocasiones por los pecados de los hijos e hijas de la Iglesia. Ha purificado Juan Pablo II el rostro de la Iglesia con el perdón, ese que tanto practicó en el Jubileo del año 2000, pidiendo perdón por los pecados históricos de la Iglesia. Con una gran honestidad la ha mostrado a la Iglesia tal y como es: santa, pero siempre necesitada de mejora. Y desde la santidad de los hombres y mujeres de la Iglesia ha buscado renovar el mundo, porque los santos son verdaderos maestros y expertos en humanidad, luz del mundo y sal de la tierra, alma del mundo.

Ha sido Juan Pablo II el Papa de **la catolicidad** de la Iglesia. Fiel a los nuevos tiempos ha hecho que la Iglesia sea de verdad universal, primero con su ejemplo, acercándose a todos los pueblo y siendo sensible a todas las culturas. Ha trabajado para que la Iglesia sea semilla de un Reino de

Dios fecundo entre los hombres y los pueblos. Para eso se ha hecho peregrino y ha estado en todas las situaciones humanas; para todas ha tenido una palabra y un gesto de alivio. Porque catolicidad es hacer que la Iglesia se encarne en el corazón de las culturas y las fecunde y renueve con los valores del Evangelio. Todos los problemas del hombre, las inquietudes, las necesidades, las aspiraciones han recibido una palabra amiga del Papa: la vida no respetada en su origen, en su desarrollo o en su final, el trabajo que no dignifica a causa de las nuevas esclavitudes o cuando no se respeta como derecho humano fundamental, las injusticias sociales, las desigualdades del mundo global, el trato discriminatorio de la mujer, y tantos otros asuntos de los seres humanos del planeta tierra han ocupado la palabra y el corazón de este Papa que nos deja.

El signo visible de su trabajo por la catolicidad de la Iglesia, además de su fina sensibilidad para poner de relieve que la Iglesia respira con dos pulmones, el de oriente y el de occidente, han sido los Sínodos continentales, en los que ha querido recoger la esencia de los pueblos de la tierra para descubrir en ellas las semillas del Verbo que hay en cada uno y así entablar con cada cultura, pueblo o raza un diálogo desde la fecundidad del Evangelio.

Juan Pablo II ha sido el gran Papa de **la apostolicidad** de la Iglesia; ha sido el gran Papa misionero. No sólo con su mensaje, que es especialmente rico y sugerente (Redemptoris Missio), ni sólo porque es el Papa de la Nueva Evangelización, que ha impulsado más que nadie, consciente de que estamos en un cambio de época que necesita un renovado anuncio del Evangelio. También es misionero porque el mismo ha llevado la Buena Noticia personalmente a tiempo y a destiempo, donde era el ambiente propicio y donde no lo era, a través de sus múltiples viajes por Italia y por el mundo y, sobre todo, a través de los medios de comunicación, a los que él ha llamado los nuevos areópagos y como tales ha utilizado para el anuncio del mensaje de Jesucristo y los está utilizando hasta el último instante, hasta que sea depositado en el sepulcro de las criptas vaticanas y le ceda el relevo al próximo Pontífice. .

La Iglesia ha sido, por tanto, su amor y el mundo su pasión, porque desde la Iglesia le ha ofrecido al mundo a Jesucristo el eje de su vida y su razón de ser como Pastor de la Iglesia.

“Abrid de par en par las puertas a Cristo” dijo al comienzo de su pontificado y ese fue no sólo su lema sino su proyecto: abrir al mundo a la esperanza, que es Jesucristo, frente al miedo a la verdad y a la vida que invade al hombre de este tiempo. Juan Pablo II ha sido el Papa de la esperanza; como “testigo de la esperanza” le han calificado algunos.

Esa esperanza la ha puesto especialmente en los jóvenes, de ellos espera que continúen lo que él ha sembrado, porque la semilla de Juan Pablo II no debe morir. Aunque hoy estemos celebrando un funeral justo y merecido por el hombre, su obra ha de continuar viva en nosotros, en los católicos del mundo entero; y aquí, en estas tierras de Extremadura, seremos nosotros sus hijos e hijas de la Diócesis de Plasencia los que le demos vida a su herencia.

Por todo eso, bien merece que le acompañemos en el último viaje: que la multitud de los santos, de la comunión de los santos, los del cielo y los de la tierra, le digamos al Señor de la vida que acoja su alma en el lugar en el que con Él viven los justos. Nosotros lo imploramos humildemente a la Misericordia divina, una de sus devociones especiales, en esta Eucaristía que celebramos por su alma; otro de sus amores como justamente estamos recordando en este año, declarado por de la Eucaristía. La Eucaristía es el banquete de vida eterna, en el que celebramos el sacrificio de Jesucristo, renovamos y anunciamos su muerte y su resurrección y es anticipo del banquete celestial, del que deseamos fervientemente que goce Juan Pablo II, en compañía de los Santos y de la Virgen María, el amor de su vida, y la Madre tierna a la que se encomendó siempre como “Totus tuus”.

+ Amadeo Rodríguez Magro

Obispo de Plasencia